

LORENZO DE LA RESURRECCIÓN

**LA PRÁCTICA DE
LA PRESENCIA DE DIOS
EN LA VIDA COTIDIANA**

Dichos, cartas y testimonios

Traducción de
FERNANDO GARCÍA-BARÓ HUARTE

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

Tradujo Fernando García-Baró Huarte
sobre el original francés *Sur la pratique de la présence de Dieu. Maximes
et lettres du Laurent de la Résurrection, suivies des témoignages de Joseph
de Beaufort*

- © *Prólogo* de Stéphane Robert , o.c.d.; *Epílogo* de Marie-Laurent Huet, o.c.d.,
utilizados con permiso de Éditions Arfuyen
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2021
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2103-8
Depósito legal: S. 299-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

[Nota de la edición española]	9
PRÓLOGO, de Stéphane Robert	11

SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS

DICHOS ESPIRITUALES DEL HERMANO LORENZO PARA ADQUIRIR LA PRESENCIA DE DIOS	21
CARTAS DEL HERMANO LORENZO DE LA RESURRECCIÓN ...	37
TESTIMONIOS DE JOSEPH DE BEAUFORT SOBRE EL HERMANO LORENZO	75
[Nota de la edición francesa]	77
Conversaciones	81
Elogio	99
Costumbres	125
EPÍLOGO, de Marie-Laurent Huet	143
<i>Índice general</i>	155

[NOTA DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA]

Ediciones Sígueme agradece a Éditions Arfuyen (2017) el permiso para publicar su versión, convenientemente adaptada a la lengua de Cervantes.

Los escritos del hermano Lorenzo de la Resurrección han sido reproducidos según las ediciones originales que publicó el P. Joseph de Beaufort allá por 1692 en París, y dos años después en Châlons-en-Champagne.

También a nosotros nos ha parecido preferible publicar en primer lugar los escritos que se conservan del hermano Lorenzo (*Dichos espirituales* y *Cartas*), y seguidamente los testimonios del P. de Beaufort (*Conversaciones*, *Elogio* y *Costumbres*), que acompañaban a aquellas dos ediciones príncipes.

Los textos reproducidos como prólogo y epílogo son resúmenes de los artículos que dos eruditos carmelitas franceses publicaron en la revista *Carmel*, de Toulouse, en 2011 y 2014. El primero es de Stéphane Robert (*Carmel* 141) y el segundo, de Marie-Laurent Huet (*Carmel* 151). Nuestro agradecimiento a ambos autores se une al deseo de dar a conocer la figura y la espiritualidad del hermano Lorenzo de la Resurrección, insigne y humilde carmelita que mantiene su vigencia después de cuatro siglos.

Al acercarse a sus sencillos escritos, se aprecia el influjo fecundo de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, cumbres de la mejor espiritualidad cristiana, así como del legado precioso que los hombres y mujeres del Carmelo han transmitido a la Iglesia universal.

Un siglo después, en las estepas de Rusia, apareció otro monje sencillo que con su enseñanza, a través del acompañamiento

espiritual, renovó la vida cristiana rusa. Serafín de Sarov es, en otro siglo y otra latitud, un hermano gemelo de Lorenzo de la Resurrección. Ambos representan a la mejor y más discreta Iglesia, porque han sabido, desde la aparente irrelevancia social, renovar a una humanidad que anhela maestros y guías verdaderos.

También en este siglo XXI los mejores seguidores de Jesús pasan desapercibidos. Y, sin embargo, mantienen la esperanza de los creyentes y encarnan la discreción actuante del Espíritu del Señor en la vida de cada día.

PRÓLOGO

STÉPHANE ROBERT

VIDA Y VOCACIÓN

El que en el mundo era conocido como Nicolás Herman (1614-1691) procedía de la región francesa de Lorena. En su pueblo natal, Hérimil, situado entre Nancy y los Vosgos, pasó su juventud. Aquella zona estaba habitada por campesinos dedicados a la explotación agrícola y forestal. La aspereza del clima hacía penoso el trabajo.

Allá por 1631, el ducado libre de Lorena se enfrentó militarmente a Francia. Fue uno más de los enfrentamientos conocidos como *Guerra de los Treinta Años*, que desestabilizaron a muchos de los estados alemanes y dejaron sentir sus efectos en las naciones vecinas. En aquel escenario, Nicolás se incorporó al ejército, aunque a los tres años se vio obligado a regresar a su pueblo por causa de las heridas sufridas en combate. Fue justamente entonces cuando sintió la llamada interior de Dios a consagrar su vida.

Aquella experiencia vocacional, apenas cumplidos los dieciocho años, dejó en él una profunda huella. La visión de un árbol desnudo durante el invierno le hizo imaginar cómo sería en primavera; tuvo la certeza de que cambiaría por completo de aspecto en muy poco tiempo, y entendió que ese árbol representaba su propia transformación interior. Más aún, si la fuerza de Dios, así manifestada en la creación, llega a maravillarnos de ese modo, Él debe tener, sin ninguna duda, un proyecto mucho mayor para cada ser humano, creado a su imagen y semejanza.

Este relato de conversión y de vocación se cuenta al comienzo de las «conversaciones» entre el hermano Lorenzo y su futuro biógrafo, el P. Joseph de Beaufort. Aquella visión del árbol, de una sencillez desconcertante, no impulsó de inmediato al joven a seguir su vocación, pero quedará grabado en su memoria y lo interpretará más tarde como una manifestación divina que lo invita amorosamente a seguirlo.

Con veintiséis años lo vemos ya de hermano lego en el gran convento parisino de los Carmelitas Descalzos¹. El hecho de que un tío suyo fuera allí hermano lego constituyó, sin ninguna duda, un poderoso aliciente para tomar la decisión de ingresar en dicha Orden.

Tras su noviciado, Nicolás se convierte en el hermano Lorenzo de la Resurrección, que recibe la encomienda de trabajar en las cocinas del convento; esta tarea, en la que llegará a ser cocinero jefe, se prolongará durante quince años. A continuación, es destinado a la zapatería y a la gestión del aprovisionamiento del vino. Su buen desempeño en las distintas responsabilidades explica que viviera sin especiales conflictos en aquel cenobio durante medio siglo.

Los numerosos quehaceres de los hermanos legos ponen de manifiesto el aprecio del «trabajo» que se realiza en lo oculto por amor a Dios. Por su parte, Lorenzo se deja trabajar en profundidad por el Señor. En sus escritos no esconde ni sus dificultades espirituales ni sus sufrimientos físicos, pero tampoco se expresa con afectación, de modo que su relato lleva el sello de la autenticidad. Es muy probable, en este sentido, que se haya beneficiado de las enseñanzas espirituales de algunas grandes figuras que viven en su convento, entre otras el P. Cipriano de la Natividad, traductor de las obras de san Juan de la Cruz.

A lo largo de sus años de vida religiosa Lorenzo desarrolla una «práctica de la presencia de Dios» que dejará una huella profunda en su propia vida de oración. Fruto de aquella expe-

1. Se trata del actual Instituto Católico de París.

riencia, el hermano Lorenzo dirigirá espiritualmente a numerosas personas durante el último tercio de su vida. Una de ellas, el sacerdote secular Joseph de Beaufort, quedó tan impresionado que, tras la muerte del santo varón, publicará los pocos escritos que encuentra y redactará dos breves semblanzas y sus conversaciones con él.

LA PRESENCIA DE DIOS

La espiritualidad de Lorenzo puede ser descrita, en palabras suyas, como «la conversación continua con Dios» (*Carta II*, p. 43). Pero siendo como es un hombre práctico, se entiende bien que añada que hemos de «aprovechar todas las obras de nuestro oficio para servir [a Dios] y mantener su presencia en nosotros» (*Costumbres*, p. 131). Por otra parte, ha hecho suya la tradición carmelitana cuando confiesa: «No se necesita finura ni ciencia para ir a Dios, sino solo un corazón resuelto a dedicarse únicamente a Él y a entregarse a Él y a no amar nada más que a Él» (*Conversaciones III*, p. 93)².

Según afirma en sus *Dichos espirituales*, la presencia de Dios equivale a la oración de mera mirada, que «es la más santa, la más sólida, la más fácil y la más eficaz forma de oración» (*Dichos V*, p. 34). Ahora bien, preocupado como está por unir la oración mental con las ocupaciones de su estado, recomienda a sus dirigidos, en primera persona, que «mientras realizamos nuestro trabajo y el resto de nuestras actividades, mientras nos dedicamos a leer o a escribir, incluso sobre asuntos espirituales [...], debemos parar un instante, todo lo a menudo que sea posible, para adorar a Dios desde la intimidad de nuestro corazón y disfrutar de Él aunque sea de pasada y como a hurtadillas» (*Dichos I*, p. 24).

2. Como eco a Teresa de Jesús, que escribía: «No está en pensar mucho, sino en amar mucho» (*Fundaciones 5*, 2). En el esquema de la gran santa de Ávila, el ejercicio de la presencia de Dios equivaldría al recogimiento activo de las *Moradas terceras*, aunque la experiencia de esta presencia se sitúa mucho más lejos, allí donde el Espíritu Santo toma el relevo.

Nuestro protagonista precisa en sus *Cartas* que la presencia actual del Señor puede definirse como una «conversación muda y secreta con Dios» (*Carta V*, p. 51). Admite asimismo que en otras ocasiones practica la oración de recogimiento sin esfuerzo y sin atenerse a método alguno, lo cual generalmente es signo de progreso.

Aconseja además no discurrir en exceso durante la oración, procurando «no dejar que [el espíritu] levante demasiado el vuelo durante el día», a fin de que resulte «fácil mantenerlo sereno durante las oraciones» (*Carta VIII*, p. 57s). Señala, por último, que «tenemos que habituarnos a conversar familiar, humilde y amorosamente» con Dios (*Carta XV*, p. 71).

La experiencia de Lorenzo le permite afirmar que, en la oración, «los pensamientos lo echan todo a perder» (*Conversaciones II*, p. 88). Decididamente, él no estaba hecho para el razonamiento discursivo, y sabía bien que nunca llegaría a hacer oración ateniéndose a reglas y métodos. Para él, el tiempo de la oración no es diferente del tiempo de la acción (cf. *Conversaciones IV*, p. 96), puesto que, de una u otra manera, el tiempo dedicado a las actividades pertenece también a Dios. No hay aquí ninguna búsqueda de sí mismo.

La vida de oración se refina y se simplifica con el tiempo. Los consejos de Lorenzo se mezclan a menudo con la confianza del combate que libran tantas almas de oración: «Hallé no poco sufrimiento –confiesa– en este ejercicio, en el que perseveraba a pesar de todas las dificultades que me salían al paso, sin alterarme ni preocuparme cuando me distraía sin querer» (*Carta XII*, p. 65s).

Para permanecer en la vida espiritual hay que perseverar en la oración. Los místicos nos enseñan a no desanimarnos. Según cuenta su biógrafo, el hermano Lorenzo pasó por etapas en las que no encontraba «ningún gusto en la oración, ningún alivio para sus penas [...], de manera que la fe desnuda era su único apoyo» (*Elogio*, p. 107). Aun así, mantuvo a lo largo de su vida la perseverancia y el coraje, pues «en lo más intenso de sus penas siguió recurriendo a la oración, al ejercicio de la presen-

cia de Dios, a la práctica de todas las virtudes» (*ibid.*). Fue ante el Santísimo, a veces durante largas visitas, donde aprendió a «permanecer amorosamente unido a su voluntad» (*ibid.*), e incluso a sufrir por amor a Dios.

EL EJERCICIO DE LA CARIDAD FRENTE A LA TENTACIÓN DE LA PASIVIDAD

Es cierto que el corazón mismo de la práctica de la presencia de Dios consiste en «gustar de su divina compañía y acostumbrarse a ella, hablando humildemente y conversando amorosamente con Él en todo tiempo, en cada instante, sin regla ni medida» (*Dichos* II, 25). Ahora bien, no pensemos que la sencillez de alguien como el hermano Lorenzo es pura dejadez o, peor aún, quietismo. No se da aquí rechazo de la ascesis ni del esfuerzo, de la moral ni del magisterio, de los sacramentos ni de la mediación de Cristo. Una sencilla frase de Lorenzo lo explica: «Nuestra santificación no depende de que cambiemos nuestras obras, sino de que hagamos por Dios lo que hacemos normalmente por nosotros mismos» (*Conversaciones* IV, p. 95).

Si la aplicación es la regla de oro para realizar una tarea encomendada, ¿por qué no prepararnos con el mismo cuidado al encuentro con Dios? Lorenzo, a semejanza del insigne Juan Casiano, pone como condición previa una gran pureza de vida (*Máxima* 27).

No obstante, y más allá de nuestros esfuerzos, Dios siempre es más grande que nuestras obras, e incluso más grande que sus propias obras. Sirva como ejemplo recordar que Lorenzo aborrecía el oficio de la cocina, pero a la vez confesaba lo siguiente: «En el trajín de la cocina [...] poseo a Dios con el mismo sosiego que si estuviera de rodillas ante el Santísimo Sacramento» (*Costumbres*, p. 130)³. Para él, «resultaba indi-

3. Resuena en esta idea la misma que santa Teresa ha hecho ya clásica, cuando tranquiliza a sus hermanas diciendo: «También entre los pucheros anda el Señor» (*Fundaciones*, 5, 8).

ferente ocuparse de una cosa o de otra, con tal de hacerla por Dios. Lo miraba a Él y no a la cosa» (*Costumbres*, p. 133).

Lorenzo nos enseña a amar a Dios de una forma completamente desinteresada. Lo ama porque está prendado de Él, cautivado por su infinita perfección; lo ama por Él mismo, sin esperar ningún provecho.

Al final de su vida, en la última carta que se conserva de él, reafirma una convicción que atraviesa la totalidad de sus escritos: «No nos limitemos a buscar o a amar a Dios por las gracias que nos ha dado, por muy elevadas que sean, o por aquellas que pueda darnos. Esos favores, por muy grandes que sean, nunca nos acercarán tanto a Él como nos acerca simplemente la fe. Busquémoslo a menudo mediante esta virtud» (*Carta XVI*, p. 73).

¿Y cuál es la tarea de todo cristiano, la vocación a la que ha sido llamado? Lorenzo responde a este interrogante justo antes de morir, y lo hace a modo de confesión y de legado: «Hago lo que haré por toda la eternidad: bendigo a Dios, alabo a Dios, lo adoro y lo amo con todo mi corazón. Tal es nuestro oficio, hermanos míos: adorar a Dios y amarlo, sin preocuparnos de lo demás» (*Elogio*, p. 122).

En el fondo, la espiritualidad que caracteriza a Lorenzo no pretende ser original. Su intención se basa en la presencia inmensa de Dios, una presencia objetiva y universal. Confía en Dios, se abandona en todo, lo toma por maestro y amigo: «Miré a Dios como término y fin de todos los pensamientos y afectos de mi alma» (*Elogio*, p. 108).

Su biógrafo encontró una forma de describir el pensamiento de Lorenzo parafraseando a Gregorio Magno: «El mundo le parece muy pequeño a un alma que contempla las grandezas de Dios» (*Elogio*, p. 108). Esto no conduce a rechazar a la criatura, a la que no se podría amar como un fin. El ejercicio de la presencia de Dios se vive en el seno del cuerpo eclesial, donde la comunión debe ir perfeccionándose también entre sus miembros.

ÍNDICE GENERAL

[Nota de la edición española]	9
PRÓLOGO, de Stéphane Robert	11
Vida y vocación	11
La presencia de Dios	13
El ejercicio de la caridad frente a la tentación de la pasividad	15
Una vía y un mensaje actuales	17
Invitación final	18

SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS

DICHOS ESPIRITUALES DEL HERMANO LORENZO PARA ADQUIRIR LA PRESENCIA DE DIOS	21
I. Prácticas necesarias para adquirir la vida espiritual	23
II. Cómo debemos adorar a Dios en espíritu y en verdad	27
III. De la unión del alma con Dios	29
IV. De la presencia de Dios	31
V. Medios para adquirir la presencia de Dios	33
VI. Los beneficios de la presencia de Dios	35
CARTAS DEL HERMANO LORENZO DE LA RESURRECCIÓN ...	37
Carta I	39
Carta II	43
Carta III	45
Carta IV	47
Carta V	49

Carta VI	53
Carta VII	55
Carta VIII	57
Carta IX	59
Carta X	61
Carta XI	63
Carta XII	65
Carta XIII	67
Carta XIV	69
Carta XV	71
Carta XVI	73
TESTIMONIOS DE JOSEPH DE BEAUFORT SOBRE EL HERMA-	
NO LORENZO	75
[Nota de la edición francesa]	77
Conversaciones	81
Primera conversación	83
Segunda conversación	85
Tercera conversación	91
Cuarta conversación	95
Elogio	99
Costumbres	125
EPÍLOGO, de Marie-Laurent Huet	143